



REFLEXIONANDO DESDE LA ANTROPOLOGÍA A PARTIR DE MI EXPERIENCIA VENEZOLANA

Jacqueline Clarac de Briceño
Profesora Emérita
Universidad de Los Andes
Doctora Honoris Causa
Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda

Ponencia
Encuentro para el Invento de la Nueva Democracia del silo XXI.
Soberanía, Ciencia y Tecnología
Ministerio para el Poder Popular de la Cultura
Caracas - 2015

De acuerdo con la frase del admirado poeta y ensayista Eduardo Galeano, con la cual empieza la invitación que me mandó nuestro Ministro del Poder Popular para la Cultura, quiero comenzar por presentarme a los que no me conocen..., pues no soy extranjera en esta querida tierra de Venezuela, sino muy americana, aunque del Caribe, pues las distintas ramas de mi familia llegaron a las pequeñas Antillas entre 400 y 200 años atrás, de modo que vivieron mis antepasados toda esa historia colonial y de esclavitud, y de masacre de indígenas, historia común a todos nosotros y nosotras habitantes de las Américas.

Voy a contarles entonces, muy brevemente, que debo haber llegado a esta tierra venezolana gracias a mi padre, gran admirador de América Latina desde que estudió desde los 3 años en República Dominicana y Puerto Rico, antes de regresar a las Antillas donde, casado y padre de familia, presentó un proyecto agronómico al Presidente Marcos Pérez Jiménez, el cual fue aprobado de modo que toda mi familia migró a Venezuela, primero a Aragua, cerca de La Victoria, donde vivimos con campesinos aragüeños, sus cantos de ordeño, sus curanderos, sus mitos y creencias, íbamos también al liceo para practicar el español y aprendimos con los estudiantes a patinar en época de misas de aguinaldos, hasta que nos mudamos a Valencia porque no había universidad todavía en La Victoria.

Estudí en la Escuela de Bellas Artes, bajo la dirección de Braulio Salazar, y ahí conocí a José Manuel Briceño Guerrero. Nos casamos unos meses después y ambos trabajamos en el liceo Pedro Gual a fin de ahorrar un poco de dinero para poder ir a Europa, donde José Manuel quería estudiar Filosofía. Estuvimos un año en París, donde nació nuestra hija Cristina, luego fuimos en tren a Viena, Austria, donde José Manuel con los filósofos

del lenguaje Friedrich Kainz y Albin Lesky; José Manuel y yo trabajábamos duramente para sostenernos en este país brumoso y estival, ya que se nos habían acabado los ahorros en París.

Una vez que se graduó José Manuel, regresamos a Venezuela y al Sol. Estudié Antropología en la Universidad Central de Venezuela (UCV), Caracas, donde aprendí a correr a menudo para escapar a las balas de los militares que invadían a cada rato la Ciudad Universitaria. Me gradué de antropóloga poco después del terremoto de Caracas, concursé en la UCV y empecé a trabajar en la escuela de Sociología y Antropología, sin perder la costumbre de correr ante las balas del ejército, el cual se apoderó nuevamente de la Universidad por varios meses en 1971, bajo el régimen del Presidente Rafael Caldera, y no parecía querer salir de ahí, así que me fastidié y pedí mi traslado a Mérida, donde ya había conseguido trabajo para José Manuel en la Universidad de Los Andes (ULA).

En Mérida aprendí a salir todas las mañanas con un pañuelito y un frasquito de vinagre para protegerme de los gases lacrimógenos, y lloré a menudo por la pérdida de estudiantes, entre los cuales recuerdo entrañablemente a Jorge Rodríguez, padre del actual Alcalde Mayor de Caracas.

Conté estos recuerdos personales y familiares para que comprendan que viví lo que podido vivir cualquier estudiante venezolana en su juventud y la parte temprana de su vida profesional.

I

Al recibir la gentil invitación de parte del Ministro y de la Vice-Ministra, Giordana Díaz, merideña como yo ahora, dudé mucho si asistir o no al evento, pues tenía, al aceptar, que no sólo contar las cosas buenas que haya podido observar dentro del campo de la ciencia y de la tecnología, sino que, si o quería ser objetiva debía hablar igualmente de todo lo malo y hacer crítica y autocrítica, y me asusté, porque tenemos pronto elecciones y no quería que mi charla se fuera como negativa para el país, pero luego me dije: “Es la ocasión de hablar de lo que podemos hacer para superar los problemas de toda clase que tenemos, sobre todo sabiendo todo lo que ya hemos logrado superar”, de modo que acepté finalmente, y puedo empezar a conversar con Uds. acerca de lo que he podido observar en nuestra provincia, y de las ideas que podríamos tener para salir de los problemas.

Les presentaré aquí algunas reflexiones sobre la ciencia y la tecnología dentro de nuestra soberanía duramente conquistada y a partir de mi experiencia venezolana y merideña en la disciplina antropológica.

Para empezar por el principio, es decir por nuestra historia tal como nos ha sido contada, primero por los historiadores españoles quienes sólo nos hablaron de la historia de ellos mismos en América, y no de la historia de los autóctonos americanos, actitud frente al pasado que fue infelizmente imitada por nuestros historiadores venezolanos y, en general, y latinoamericanos.

Quiero hablar aquí de los términos que nos ofrecieron para distinguir los períodos

de nuestro pasado americano y más tarde colonial, con los cuales nos colonizaron más aún sin que nos diéramos cuenta, así que utilizamos todos y todas dichos términos en forma pasiva durante mucho tiempo, sin comprender nosotros cómo nos encerraban así en un marco extraño del cual no íbamos a escapar si no despertábamos para liberáramos de él.

Hablo de los términos “prehistórico”, “precolombino” y “prehispánico” todos los “pre” con los cuales se nos ha envenenado tanto tiempo. Así hemos adquirido una idea equivocada de nuestra historia americana. Mario Sanoja, arqueólogo que se dio también cuenta de esto, procuró crear un término acaso más cercano a la realidad nuestra, y nos habla de “períodos precoloniales”; los que podríamos utilizar –tal vez– para la época que precedió inmediatamente la llegada de los europeos; pero no tiene sentido alguno llamar precoloniales a las poblaciones que vivieron en este continente hace 2.000, 4.000 ó 15.000 años antes del presente, fechas que manejamos en la arqueología americana.

Ya que hablo del período que corresponde al final del Pleistoceno y principio del Holoceno, dentro del cual nos situamos también en la Cordillera de Mérida, empezaré por tratar de nuestro Parque Paleontológico y Arqueológico del Llano del Anís, Municipio Sucre, fundado por nosotros en 2011, con la colaboración de los campesinos y sus Consejos Comunales, a pesar de que trabajamos ahí desde enero 2008.

No hay muchos parques de este tipo en Venezuela, además del nuestro sólo había el fundado por el maestro J. M. Cruxent en los años 80 en Taima-Taima, Estado Falcón. Prácticamente ese Museo *in situ* ya no existe, pues fue destruido después de la muerte de este maestro de la arqueología y la antropología americana. Fue entregado al Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) cuyos investigadores se llevaron los fósiles de mastodontes y otros macrovertebrados a su propio laboratorio en Caracas, prometiendo traer réplicas de aquellos huesos, cosa que nunca hicieron. Se dejó caer el museo que había costado millones al Estado venezolano, dejando a los campesinos colaboradores de J. M. Cruxent muy tristes y decepcionados.

No queremos que pase lo mismo al Parque Paleontológico y Arqueológico del Llano del Anís en Mérida. Todavía existe, a pesar de cierto abandono en el cual se le ha dejado, y a pesar de que los campesinos están también decepcionados, viendo que a parte de ellos y de los investigadores nadie se preocupa por el futuro de dicho Parque, si exceptuamos también a los niños de las escuelas que vienen regularmente con sus maestros a visitarlo, siendo atendidos sólo por los investigadores, pues abandonaron su trabajo todos los guías que habíamos formado entre los jóvenes del pueblito del Anís, porque no se les ha dado una beca anual, y sólo ganaban en vacaciones la entrada de los turistas adultos, de modo que se fueron a trabajar a otra parte o a estudiar en la Universidad Politécnica Territorial de Mérida (UPTM) y tuvimos que cerrar el Parque al turismo de vacaciones, porque, además, hace tiempo que la Alcaldía ha dejado de pagar al vigilante que el Instituto de Patrimonio Cultural (IPC) había exigido, y las excavaciones avanzan muy lentamente por falta de financiamiento.

La decepción es también del pueblo de Chiguará, ya que el turismo no se para más en los nuevos restaurantes que ellos habían creado, ni a comprar sus artesanías sino que, al descubrir que el Parque está cerrado para ellos, se dirige ahora ese gran turismo hacia el

turismo privado, muchísimo más equipado que el nuestro, y cuyo contenido es ficticio, como la Montaña de los Sueños.

Sin embargo, **lo positivo del Parque, que no desaparece, es su condición de cátedra libre permanente, en la cual trabajan arqueólogos, geólogos, geógrafos, botánicos, paleobotánicos, con sus tesis, y de vez en cuando un paleontólogo.**

Esta es la solución que hemos encontrado por los momentos, por considerar que así seguimos aportando a la creación de la nueva democracia. Le aportamos, recordando la frase de Bolívar: “Trabajo, trabajo. Paciencia, paciencia, paciencia...” por lo que hemos vuelto a ofrecer a Fundacite-Mérida la formación de nuevos jóvenes guías de la comunidad en arqueología, paleoarqueología, geología, geografía, paleobotánica, etc... para cuando podamos abrir nuevamente el Parque al turismo y aportar un poco más de bienestar a las comunidades del Anís y de Chiguará.

II

Hicimos un diagnóstico del estado actual de las otras numerosas disciplinas científicas y tecnológicas que existen en Mérida, gracias a la ULA y a sus Facultades de Ciencias, Ingeniería, Medicina, Forestales, Geografía, Economía y Ciencias Sociales, Farmacia, Arquitectura, Arte...

Nos preocupa particularmente la Facultad de Ciencias, donde están parados la mayoría de los científicos en sus investigaciones y en la formación de nuevos estudiantes, porque ya están dañados todos sus aparatos, especialmente en física, por falta de repuestos y/o, probablemente, por falta de mantenimiento.

Ya hay un sector de la Facultad de Ciencias que ha reaccionado hace unos años, el sector de la ciencia física aplicada, que produce, por ejemplo, antenas, clavos para las operaciones quirúrgicas, más baratos y mejores que los del comercio que, además, han desaparecido, dicen los pacientes, ahora felices porque los hospitales han conseguido esta solución aportada por la Facultad de Ciencias. Podríamos también aprender a fabricar oxígeno para el laboratorio de semiconductores.

En los laboratorios de Farmacia, debíamos seguir fabricando los medicamentos originales que han desaparecido del comercio por la guerra que se nos hace con el contrabando a Colombia.

Debemos aprender de ciertos campesinos que están fabricando ahora un poco de cemento ellos mismos cuando necesitan construir, o que hacen sus casas como antaño, de piedras y bajareque

- **Otro ejemplo de renovación científica para la ayuda a la agroalimentación** es el estudio de varios años en biología del páramo al investigar en paleobotánica de las semillas de papa, ruba y cuiba del páramo. Nosotros los del Museo Arqueológico estamos participando en este estudio para la recuperación de polen, y participamos también con los

botánicos en la recuperación de semillas actuales gracias a unos pocos campesinos que las habían conservado y las utilizan sólo para su propia alimentación, desde que los gobiernos anteriores los obligaron (como sucedió en el páramo merideño) a dejar de utilizar sus propia semillas para utilizar las importadas y satisfacer así las ganancias de las semillas de Monsanto, de Marcolí, de las semillas Rockefeller (las “científicamente privatizadas”) y del neoliberalismo del Norte, como sucede en la actualidad en Colombia.

Mejorará y aumentará la producción social cuando todos estos esfuerzos aumenten y se unan a la elaboración de nuevas harinas de maíz, como las hay actualmente en Portuguesa o en Trujillo, y a medida que se apropien o creen nuestros obreros que son muy inventivos, a medida que hagan más fábricas de leche pasteurizada y en polvo, mantequilla y quesos como las hay ya en Mérida. Debemos hacer un esfuerzo a nivel del pueblo mismo para controlar el contrabando de estos nuevos productos, y así estaremos ayudando también a **inventar la nueva democracia del siglo XXI**.

Me falta tiempo para hablar aquí de la tecnología que seguimos importando para la construcción de las vías férreas y el teleférico de Mérida, por ejemplo, el cual está costando mucho dinero al Estado venezolano al igual que la construcción del Trol-Mérida, para ambos sistemas de transporte hemos dependido de técnicos extranjeros quienes, como sabemos los merideños observadores, se han enamorado de Mérida, de su clima y de su ambiente, comiendo además en nuestros restaurantes, gracias a sus dólares o euros, gran cantidad de excelente carne proveniente del sur del Lago, de modo que, para retrasar lo más posible su partida han retrasado a propósito los trabajos a veces de forma realmente escandalosa.

III

Reflexionando desde la antropología, pensamos que lo primero que se debe vencer es la pasividad frente a la difícil situación económica, pasividad heredada de las épocas anteriores cuando todo se resolvía a golpes de petrodólares y todo lo importábamos. Nuestros científicos deben aprender a no ser imitativos sino creativos para vencer los obstáculos e inventar máquinas y aparatos nuevos, así como ahora hacemos en el país celulares y computadoras en lugar de importarlos. Sé que es difícil por haber sido un país petrodolarizado, científicamente colonizado e importador de todo. Poco a poco debemos aprender a descolonizarnos y a cambiar, para que podamos vivir realmente en una nueva democracia del siglo XXI.

Así que debemos desarrollar la conciencia de nuestro pueblo y especialmente de nuestra clase media y la de nuestras instituciones, para descolonizarnos al aprender a hacer las cosas nosotros mismos, hacerlas a tiempo y a producir nosotros mismos los materiales y equipos que necesitamos en lugar de estar siempre quejándonos de que “no tenemos dólares”.

Por supuesto, necesitamos también aprender a tener paciencia, como aconsejaba Simón Bolívar, y a comprender que todos estos cambios necesitan cierto tiempo y, sobre todo, la buena voluntad de todos nosotros.

Recibido: 1 de Junio de 2017.
Aprobado: 13 de Julio de 2017.